

Sáb Evangelio del día

3
Ene
2015

Octava de Navidad

Hoy celebramos: Santo Nombre de Jesús (3 de Enero)

“Este es el Hijo de Dios ”

Primera lectura

Lectura de la primera carta de Juan 2, 29 – 3, 6

Queridos hermanos:

Si sabéis que él es justo, reconoced que todo el que obra la justicia ha nacido de él.

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!

El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él.

Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifiesta, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro.

Todo el que comete pecado quebranta también la ley, pues el pecado es quebrantamiento de la ley.

Y sabéis que él se manifestó para quitar los pecados, y en él no hay pecado.

Todo el que permanece en él no peca. Todo el que peca no lo ha visto ni conocido.

Salmo de hoy

Sal 97, 1bcde. 3cd-4. 5-6 R/. Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas.
Su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

Los confines de la tierra han contemplado
la salvación de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera,
gritad, vitoread, tocad. R/.

Tañed la cítara para el Señor,
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas,
aclamad al Rey y Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Juan 1, 29-34

Al día siguiente, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

«Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: “Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo”. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel».

Y Juan dio testimonio diciendo:

«He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo”. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

Una cosa es tener fe, creer en Dios, de lo que ya nos había hablado san Juan antes, y otra dar el salto a la filiación, de la que nos habla hoy. Ese Dios en quien creemos es nuestro Padre. Padre que ha enviado a su Hijo al mundo, cuyo nacimiento acabamos de recordar y celebrar, para hacernos hijos, con minúscula, pero auténticos hijos en el Hijo, con mayúscula. En su paternidad y en nuestra filiación radica toda nuestra espiritualidad.

En el Evangelio, Juan Bautista sigue dando testimonio de Jesús de Nazaret, como Mesías. El Niño, cuyo nacimiento estamos todavía celebrando, es el esperado del mundo y de las gentes. Su testimonio no se basa en los sentidos, sino en el Espíritu, que le hace reconocer en uno de tantos de los que se acercan a recibir el bautismo, al que ha de bautizar con Espíritu Santo.

¿Quién es ese Niño? ¿Quién eres tú, Jesús de Nazaret?

Juan Bautista confiesa que no le conocía, pero que “el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que ha de bautizar con Espíritu Santo”. Ese Niño, es el Mesías; Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios. Para ver lo que Juan vio hay que saber mirar con limpieza de ojos y de corazón; porque todos veían lo mismo, a la misma persona, pero sólo Juan reconoció en Jesús al Mesías.

Y, desde entonces, Juan no hará más que insistir en su testimonio: “Yo no le conocía, pero lo he visto. ESE ES”. Ser cristiano no es otra cosa que haber pasado del “yo no le conocía” a poder reconocerle diciendo “ese es”. Y no sólo decirlo sino practicarlo, vivirlo y, como Juan, testimoniarlo. Dar testimonio de nuestra estima y amor al Espíritu en el que hemos sido bautizados, permitiéndole guiar nuestra vida en profundidad. Todo para ser más espirituales, no sólo sin dejar de ser humanos, sino apostando en autenticidad por todo lo humano. En definitiva, para ser seguidores de Jesús, el más auténtico y humano Hijo de Dios.

¿Qué va a hacer ese Niño? ¿Qué vas a hacer tú, Jesús de Nazaret?

De la mano de Juan sabemos también que ese Niño va a bautizar con el Espíritu Santo, y, así, va a quitar el pecado del mundo. Pecado que no es algo anecdótico o casuístico o meramente numérico. Tampoco lo podemos reducir a hechos o actos meramente catalogables. El pecado, el del mundo y el personal, es un hábito, un modo de ser y de actuar, a veces una estructura, cuyo común denominador es haber prescindido de Dios. “Quitar este pecado o cualquier pecado” supone volver a Dios, hacerle un sitio en nuestra persona, en nuestra vida, aceptar limpia y sinceramente su voluntad manifestada en las actitudes y valores evangélicos. Ser honrados, coherentes, y obrar y vivir en consecuencia.

Jesús de Nazaret, auténtico rostro de Dios, pasó por la vida quitando pecados, perdonando maldades, curando enfermos, liberando ataduras y esclavitudes. En cuanto seguidores suyos, nosotros estamos llamados a convertirnos, o sea, a pasar de lo que creemos conocer de él por nuestras costumbres y por nuestra vida, al Jesús desconocido —de Juan y de nosotros- que sigue revelándose a los honrados, a los humildes, a los que, por pecadores, acudimos a él, el único que “quita el pecado del mundo” y de nuestra alma.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Santo Nombre de Jesús

Para la conmemoración

El amor que sintieron ya los cristianos de los primeros siglos hacia el nombre del Señor Jesús, Salvador, según nos consta por los escritores apostólicos y por la tradición, y que no sólo informó sus vidas sino que los llevó hasta confesar públicamente su fe y padecer el martirio por esta causa, fue adquiriendo un mayor desarrollo con el correr de los tiempos. En la tradición de la Iglesia oriental se desarrolló en íntima relación con la espiritualidad monástica llamada «hesicástica» (contemplación imperturbable). En occidente, en cambio, la devoción al nombre de Jesús se presenta bajo determinadas formas de devoción popular y en conexión siempre con el ciclo de las celebraciones de la Navidad. A partir del siglo XII adquirió gran auge por el influjo sobretodo de los monasterios en donde esta devoción tuvo una característica especial en su fervor, cuyo insigne testimonio es el himno, o «magna iubilatio», Iesu, dulcis memoria, Ilegado hasta nosotros.

En nuestra Orden ya desde sus orígenes se enumeran muchos hermanos que profesaron amor muy particular al «dulcísimo nombre del Salvador». Esto se comprueba en que el papa Gregorio X, poco después de la celebración del segundo concilio de Lyon (1274), encomendó a los frailes Predicadores la promoción de la alabanza y veneración del santísimo nombre de Jesús, siendo el beato Juan de Vercelli (t 1283), Maestro entonces de la Orden, uno de los que con más ardor se dedicó a esa promoción.

Esta dedicación apostólica se vio reforzada a la vez con nuevas formas de espiritualidad de los franciscanos y se incrementó en el s. XIV con preclaras formas de predicación y escritos espirituales entre los que se cuentan especialmente los del beato Enrique Seuze (1366), con la predicación de san Bernardino de Siena (1444) y al mismo tiempo con la difusión de las Hermandades del Santísimo Nombre: precisamente en la fundación de ellas nuestra Orden trabajó incansablemente a lo largo de los siglos por encargo de los Sumos Pontífices, especialmente a partir de Pío IV (1559-1565), juntamente con las cofradías del santo rosario.

A partir del siglo XIV se dan ya formularios litúrgicos propios, si bien solamente en siglos sucesivos pasan a la liturgia, y así, concretamente, los franciscanos lo harán en el año 1530; a finales del siglo XVII los dominicos; en el calendario romano para toda la Iglesia en 1721 ya existía en la liturgia la celebración de la Circuncisión del Señor (día 1° de enero), en la cual se aludía principalmente a la imposición del nombre de Jesús. Últimamente en el nuevo misal romano esta festividad cedió el puesto a la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, en la cual se conmemora también de modo principalísimo la imposición del nombre de Jesús (CR, n. 35). Asimismo se da en el misal romano actual la misa votiva del santísimo nombre de Jesús. A ella corresponde, pues, el presente Oficio votivo, que puede usarse «ad libitum» (OGLH, nn. 244-245), especialmente para la celebración del propio patrono o del título de la iglesia.